

Manuel Toussaint, o De la bella cosecha (1890-1955)

Adolfo Castañón

La Catedral de México (1948) es, al decir de José Luis Martínez, en su memoria titulada *Bibliofilia*¹, “el libro más hermoso que se haya publicado en México”. También uno de los más costosos, según consigna Salvador Novo en *La vida en México en el período presidencial de Manuel Ávila Camacho*, en su apunte del 7 de septiembre de 1944: “La monografía sobre la Catedral, preparada por Manuel Toussaint, se haya ya en prensa para una edición limitada a mil ejemplares, ya todos suscritos, al precio de mil quinientos pesos cada uno, lo que dejará una utilidad de un millón de pesos, deducido un costo de medio millón por una edición que va a imprimirse en papel de lino lavable, y a empastarse en cuero con repujado de un kilo de plata labrada”².

La “Advertencia a la primera edición” es elocuente de la magnitud con que se realizó este monumento tipográfico:

Este libro se presenta en la forma suntuosa y rica que podrá ver el lector porque pretende —y esperamos, quienes hemos intervenido en su organi-

1. México, Fondo de Cultura Económica, 2004.

2. Salvador Novo, *La vida en México en el período presidencial de Manuel Ávila Camacho*, México, Empresas Editoriales, 1965, p. 222.

zación y fin, haberlo obtenido ampliamente— allegar fondos para edificar el Museo Religioso de la Catedral en que serán exhibidos todos los tesoros de dicho templo y de otros, que han podido ser coleccionados a costa de mucho trabajo y mucha vigilancia, para admiración de los pósteros.

El autor de la iniciativa del presente libro fue el señor licenciado don José Luisce, que supo captar la idea que otras personas habían formado para realizar un libro completo acerca del gran templo, y encauzarla en un plan superlativo con el fin que persigue. Diversas circunstancias impidieron la realización de la obra, a pesar del propicio ambiente que acogió la iniciativa, hasta que, la H. Comisión Diocesana de Orden y Decoro reconoció como suya la idea y procuró los medios necesarios para llevarla a cabo como algo muy noble y necesario. La Comisión y los colaboradores de la obra estiman el esfuerzo realizado por el señor Luisce como inicial y esperan poder llevarlo a cabo, a pesar de las dificultades que, pasados los años, se han concitado.

El fin benéfico de esta edición impone las cantidades elevadas que se pagan por cada ejemplar. No es el precio de la obra; es la medida de la cooperación que cada uno puede aportar para el fin grandioso que se propone la publicación. Por eso no puede decirse que vale tanto más cuanto. Se agradece a cada uno lo que ha podido aportar para la construcción del Museo y este libro viene a ser como un reconocimiento vivo y permanente de esa cooperación. Las personas que compran un ejemplar adquieren, a la vez, un vínculo de gratitud por su desinterés al cooperar en tamaña empresa. Tal es la índole especial de esta obra, cuyos dirigentes no han pensado nunca hacerla un objeto de lucro. Los colaboradores de ella son los primeros en sacrificarse en tan magna tarea porque piensan, ellos primero que nadie, en el fin extraordinario que se proponen, cada parte del nuevo monumento debería llevar inscrito el nombre de quienes, con su cooperación económica, han permitido edificarlos y de los autores del libro.

Si esta empresa se realiza, como todos esperamos y deseamos, será el primer monumento levantado a la cultura de México por cooperación particular, y los que en él hayan intervenido tendrán la gloria de haber colaborado en una obra de gran significación que enaltece el pasado de México en lo que de más noble y puro puede tener: el arte religioso. La imaginación y poder creador del hombre puestos al servicio del Ser Supremo. Todo será en alabanza Suya.

Libro majestuoso, *La Catedral de México y el Sagrario Metropolitano* recuerda por sus dimensiones a los libros de coro de iglesias medievales y, para leerlo, se impone un facistol. Obra de culto, objeto legendario, le fue prestado —tan sólo unos días, como si fuese de visita— a don José Luis Martínez por el escultor Fernando González Gortazar, hijo de Jesús González Gallo, prominente gobernador de Jalisco (1947-1953) y secretario particular del presidente Manuel Ávila Camacho a quien el arzobispo de México Luis María Martínez (1881-1956), miembro por cierto de la Academia, le había dedicado un ejemplar en reconocimiento a su condición de benefactor de esa edición, según se cuenta en la citada *Bibliofilia*.

Aunque hay una edición enriquecida con nuevas notas, realizada por la editorial Porrúa en 1973, y una reimpresión realizada en 1992, no se puede comparar con la suntuosa edición original que “mide 47 x 34.5 x 7 cm. mientras que la nueva edición es de 35 x 23.5 x 4.5” (José Luis Martínez, *Bibliofilia*).

La primera edición fue encargada por la Comisión Diocesana de Orden y Decoro y “tiene tipos de fina piel marrón o café con broches de plata” que, cuenta don José Luis, arañaron la mesa en que se instaló para “curiosear ampliamente el libro”. Si el edificio de la Catedral de México es una obra colectiva realizada a lo largo de tres siglos por varias generaciones sucesivas de arquitectos, artesanos, bordadores, carpinteros y ensambladores, escritores de libros de coro, escultores, fundidores de campanas, herreros, latoneros y cobreros, organeros, pintores y plateros que respondían a diversas escuelas y estilos, también es una obra plural en su realización *La Catedral de México y el Sagrario Metropolitano. Su historia, su tesoro y su arte*. Si bien fue concebida por un solo autor e investigador —don Manuel Toussaint— vale la pena destacar la colaboración de “los fotógrafos: Luis Márquez, José Lladó y Guillermo Kahlo, y, en colores, Berthold von Stetten”, la del dibujante Tomás Montero Torres, la de los fotograbadores y la del grabador Tostado, la del impresor Policolor y la del encuadernador Fernando L. Valencia. “En el colofón se dice que el libro se acabó de imprimir el 31 de agosto de 1948, bajo la dirección del Dr. Ricardo Amador por los tipógrafos Pedro Alonso Pérez y Ricardo Amador Jr. La primera

edición consta de XXXIX (39) x 377”, es decir 416 páginas “y no se registra el tiro”. “La segunda edición de 1973 se hizo en este mismo año y consta de 3000 ejemplares”. Hay también una reimpresión de 1992 de 2000 ejemplares. *La Catedral de México y el Sagrario Metropolitano*, tiene uno de los epígrafes más apropiados y hermosos³ “muy del estilo de don Manuel Toussaint” advierte José Luis Martínez:

Señor,
He amado la hermosura de tu casa
Y el lugar donde reside tu gloria.
Salmo 25

Por cierto, en la edición de Casiodoro de Reyna y Cipriano de Valera la cita aparece en *Salmo 26: 8* y dice:

Jehová, la habitación de
tu casa he amado,
Y el lugar de la
morada de tu gloria.

Este libro complejo no sólo es una historia de las sucesivas etapas de la construcción de nuestra catedral —desde Fray Juan de Zumárraga hasta la traza de Claudio de Arciniega en 1567. En cierto modo, como si fuese un delta de la memoria, el libro concentra, explaya y documenta la historia de la Iglesia en México, la historia de las artes en la Colonia y la de la Colonia misma. Escrita por un gran investigador e historiador con alma de poeta e ingenio prosista, *La Catedral de México* tiene varios momentos memorables. El primero corresponde al inicio de la “Introducción”, una de las páginas más límpidas de la prosa mexicana contemporánea. Escuchemos a Manuel Toussaint:

3. Esta segunda edición fue completada por González Obregón, discípulo de Manuel Toussaint, con los materiales dejados por éste.

“Las catedrales imponen el sentimiento de la confianza, de la seguridad, de la paz; ¿cómo? Por la armonía”⁴. Así se expresa uno de los más grandes artistas de nuestra época: Rodin.

Sus palabras sugieren un mundo de ideas acerca de estas grandes creaciones. La catedral y la confianza. La confianza surge de un monumento que acoge con la más amplia de las benevolencias, que nos brinda en sus naves anchurosas la tranquilidad, el reposo, el bienestar que sólo pueden conseguirse cuando las obras humanas han logrado equipararse a las grandes obras de Dios. La seguridad nos tranquiliza por la fuerza que esos edificios implican en su construcción titánica que parece obra de siglos, que nos imaginamos producto de esfuerzos de gigante. El poder destructor de los años, sumándose a la furia que a veces enloquece a los hombres, no han podido derribar estas enormes construcciones del esfuerzo humano; por eso nos sugieren seguridad absoluta. La Paz. Encontramos en la catedral la expresión máxima de la paz porque el magno monumento se abre para recibirnos siempre con su espíritu de bondad, de misericordia ante nuestras flaquezas, de reconciliación con los principios del bien. La catedral, santuario máximo de Dios, no puede albergar sino paz. La paz, ese dón de las almas privilegiadas que han sabido equilibrar en sí mismos la vida externa, mundanal y pasajera, con la esperanza de una vida sin límite, sin asechanzas, sin dolores. Dice Rodin que estas ideas surgen por la armonía. Es que la armonía es el principio fundamental de toda arquitectura, así sea en las obras más arcaicas y primitivas, como en las más moderadas y audaces. La armonía debe imperar como Ley en todo monumento arquitectónico digno de ser así llamado.

La armonía de la catedral se encuentra en su plano sobriamente trazado, en forma de cruz inscrita en un rectángulo y limitado por capillas en la periferia... (x) [...] El equilibrio entre las partes y el todo, el engage que llamaban los viejos arquitectos; la armonía entre esas mismas partes, sostenida por las sabias proporciones, produce ese sentimiento de reposo espiritual que hace del momento la creación más intensa y más fecunda de toda la arquitectura eclesiástica⁵.

4. Augusto Rodin, *Les Cathedrals de France*, p. 1.

5. Manuel Toussaint, *La Catedral de México y el Sagrario Metropolitano. Su historia, su tesoro, su arte*, México, Porrúa, 1992, pp. xxiii-xxxiv.

Hasta aquí la primera cita de Manuel Toussaint.

La segunda cita corresponde al inicio del capítulo sobre “El tesoro de la Catedral de México”. En esas frases se puede vislumbrar raigambre intensamente poética que inclinaba a Manuel Toussaint hacia una emotiva disposición para la historia del arte; dice así:

Grata cosa es sumergirse en viejos inventarios de alhajas. Las joyas de oro y de plata finamente cinceladas, la pedrería, los diamantes, las perlas, los brocados, los damascos pasan por nuestras manos como si nos hubiésemos convertido de pronto en uno de esos sultanes de oriente que vivían en mundos de ensueño que en nuestros tiempos actuales sólo encontramos reproducidos ficticiamente en una escena de ballet o en los engañosos interiores de una película cinematográfica.

Podemos, a Dios gracias, reseñar los Tesoros que ha poseído nuestra Catedral, con más detalle y minucia que muchos otros aspectos del gran Templo. Ello se debe a los inventarios que se han conservado... El primer venerable papel, que provoca deseos de besarlo, es el inventario hecho el 29 de octubre de 1541 por el provisor del señor Zumárraga... quien visitó la capilla de los curas... y describe las losas que halló y que constituían el tesoro del viejo Templo. Bien pobre era esa catedral si la comparamos en sus riquezas con las que poseía más tarde el templo metropolitano⁶.

Me he demorado en la transcripción de estas citas no sólo para dar satisfacción a mi alma de copista amanuense. Lo he hecho también y sobre todo para dar la idea de la palabra de este maestro e intentar expresar que, del mismo modo que una catedral irradia un sentimiento anchuroso en virtud de su condición titánica y de su armonía, la monografía que cuenta la historia de la Catedral significó para Toussaint años de “investigación, desvelos y búsqueda”, “años de paciente desciframiento de los expedientes coloniales, tanto del Archivo Catedralicio como del de Protocolo”. Es una monografía casi definitiva y sin duda gigantesca y por ello también el libro inspira un sentimiento profundo de consuelo y serenidad pues en cierto modo

6. *Ibid.*, p. 171.

representa un esfuerzo de salvación no sólo de un edificio central sino de toda una edad de la cultura y el arte floreciente en México durante la colonia; una obra cuyo “venerable papel... provoca deseos de besarlo” por la limpieza de su piadoso oficio.

Alfonso Reyes, amigo de toda la vida y de muchas cartas y caminos cruzados con Manuel Toussaint lo dijo mejor en su poema:

La catedral reconstruye
 como haciéndola de nuevo;
 pide a la ciudad vetusta
 sus actas de nacimiento:
 de cinceles y pinceles
 nos va dictando el secreto,
 y es mago que un mundo evoca
 y lo saça del sombrero⁷.

Obra de muchos años que coronó un amplio conjunto de estudios sobre arte colonial escritos por el autor, *La Catedral de México y el Sagrario Metropolitano*, publicado en 1948, remonta sus antecedentes en la vida de Toussaint al año de 1917, fecha en que apareció en forma anónima un libro suyo sobre la catedral en la serie *Monografías Mexicanas de Arte*, editadas por la entonces “Inspección General de Monumentos Coloniales”. Luego de ese trabajo, Toussaint daría a la luz siete años después, en 1924, por invitación del “Doctor Atl” el tomo II de la serie *Iglesias de México*, publicado entre 1924 y 1927 por la Secretaría de Hacienda y Crédito Público. Este volumen mereció la Medalla de Oro de la Exposición Internacional de Sevilla de 1929, cuando Toussaint todavía no cumplía cuarenta años. En la monografía de 1924 ya se dibujaban las dos piezas del método que emplearía a lo largo no sólo de la monografía sobre *La*

7. Alfonso Reyes, “A Margarita y Manuel Toussaint”, en sus Bodas de Plata. *Cortesía en Constancia poética. Obras completas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996, pp. 305-306.

8. México, Imprenta Universitaria, Universidad Nacional Autónoma de México, 1965.

Catedral de México y el Sagrario Metropolitano sino también en otros libros como *Pintura colonial en México*⁸, *Arte colonial mexicano*⁹ y *Paseos coloniales*¹⁰. A las acuciosas y exhaustivas investigaciones aptas para proponer nuevas tesis y orientaciones se suma corrección, enmienda y disolución de errores y prejuicios inveterados.

La inclinación de Manuel Toussaint hacia la cultura y el arte de la colonia se remite a su temprana juventud, a los años de fundación de la *Sociedad Hispánica de México* creada por él y sus amigos Antonio Castro Leal, Alberto Vázquez del Mercado —“los Castro”, los “Castriperros” o la “Castriperricia”, como les decía con cariñosa burla Pedro Henríquez Ureña en sus cartas a Alfonso Reyes— y que contaba con la participación facultativa de Julio Torri, Martín Luis Guzmán, Alfonso Reyes y el ya mencionado maestro dominicano Pedro Henríquez Ureña, quien por cierto se expresa sobre Toussaint invariablemente en términos elogiosos recalcando la superioridad de sus lecturas (Dante, Walter Pater, Gabriel Rossetti) sobre las de sus coetáneos y resaltando la relación entre su misantropía, su ingenio y su facilidad para escribir: “...Manuel Toussaint que resulta el más escritor sin duda por ser el más retraído, ingenioso y misantrópico” (Carta 86 de Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes 22-VI-1914. En correspondencia 1907-1914 A.366).

Desde aquellos años, Pedro Henríquez Ureña registra la presencia de ese joven explorador de archivos y bibliotecas, apto para organizar y prologar a sus veintitantos años una antología de las *Cien mejores poesías líricas mexicanas*¹¹. Siempre dispuesto a participar en revistas, escribir prólogos y escoger páginas para la editorial Cvltvra con autores como Sor Juana Inés de la Cruz, Diego José Abad, Fray Manuel de Navarrete, Luis G. Inclán, el General Vicente Riva Palacio, Agustín R. Cuenca, Luis G. Urbina, Genaro Estrada, Enrique González Martínez, el cubano Heredia, residente en México y el

9. México, Imprenta Universitaria, Universidad Nacional Autónoma de México, 1962.

10. México, Porrúa, 1983.

11. En colaboración con Antonio Castro Leal y Alberto Vázquez del Mercado, México, Porrúa Hermanos, 1914.

periodismo en los albores de la independencia, es decir entre 1821 y 1835, tareas literarias emprendidas al tiempo que escribe poemas y cuentos e inicia su carrera como historiador y crítico de arte.

Pocas obras como la múltiple y rica de don Manuel Toussaint y Ritter (1890-1955) han suscitado tanta estima y admiración literaria, intelectual y humana. Poeta, crítico de letras y de arte, ensayista, historiador, investigador del pasado mexicano y americano (*El arte mudéjar*), cronista de viajes, prologuista, editor —por ejemplo de la *Revista México Moderno*—, traductor (del célebre libro de Silvestre Baxter *Spanish colonial Architecture in Mexico*¹² que ayudó a traducir, revisar, prologar y anotar, en la versión condensada de la edición original inglesa en 10 volúmenes *Arquitectura hispano-colonial en México*, edición limitada a 50 ejemplares publicada en 1934), fundador de instituciones como el Laboratorio de Historia del Arte que daría nacimiento al Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM (del que sería director desde su fundación hasta su muerte en Nueva York, acaecida en 1955, hace poco más de medio siglo), escritor delicioso de cartas, hombre pulcro y elegante, fotógrafo, dibujante, coleccionista, explorador, organizador de excursiones didácticas, hombre ameno y convivial, escritor de un libro maravilloso para niños, viajero entre tierras y papeles, hombre de gusto infalible y de ponderado juicio, en cierto modo predestinado para hacer crítica e historia del arte, Manuel Toussaint compartió con un puñado de autores de su edad la pasión por la historia del virreinato y de la colonia, pero a diferencia de Genaro Estrada, Francisco Monterde o de Artemio del Valle Arizpe, todos ellos amigos suyos, exponentes de la corriente colonialista, Toussaint se inclinó instintivamente hacia los terrenos, entonces casi vírgenes en México, de la historia del arte hasta lograr poner, como dice don Luis González, en lo más alto del candelero la microhistoria del arte, aclimatada en México por él. No sólo creador del Instituto de Investigaciones Estéticas y sus célebres *Anales*, junto con sus colegas y alumnos destacados como Justino Fernández, Francisco de la Maza o Clementina Díaz de Ovando

12. México, s.i., 1934.

sino que practicó la enseñanza en sus libros y clases, impartidas tanto en la Universidad Nacional Autónoma de México como en El Colegio de México —donde tuvo como discípulos a historiadores como Luis González. Gestó y alumbró una escuela mexicana de historia del arte, un conjunto abierto de reglas, procedimientos y criterios para formular y organizar adecuadamente los ingentes acervos dispersos que corresponden a este período que de no ser por trabajos como los de Toussaint hubiesen sido desconocidos hasta su eventual desaparición.

La conciencia que tenía don Manuel Toussaint de la interrelación existente entre la vida del arte y la de la poesía y las letras se manifiesta con vivacidad en su Discurso de Ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua a propósito de la atribución de la *Epístola Moral a Fabio* a un famoso autor (Andrés Fernández de Andrada) de quien encontró rastros en la historia de la Nueva España. Su discurso fue publicado en el tomo XV (México, 1956) de las *Memorias* de nuestra Academia Mexicana de la Lengua, en las páginas 125 a 136, y se reproduce en el tomo *Obra literaria* más adelante comentado.

El nacimiento de la historia y la crítica del arte colonial mexicano tuvo en Manuel Toussaint a un maestro de poderosa influencia que supo descubrir nuevos datos y fuentes documentales, revelar obras artísticas olvidadas o ignoradas, esclarecer atribuciones inciertas en pinturas, esculturas y obras arquitectónicas de la época colonial, al mismo tiempo que fijaba criterios de valoración estética todavía vigentes y establecía escuelas y secuelas dando orgánica unidad a la historia de las artes durante el virreinato... todo esto con elegancia y buen humor, pluma minuciosa leve y fina. Los tres monumentales volúmenes que dedicó a *La pintura colonial en México*, a los *Paseos Coloniales* y al *Arte Colonial en México* sumados a la asombrosa y a veces inexpugnable monografía sobre *La Catedral de México*... constituyen un punto de referencia para quien se interese en estas cuestiones en particular y en la historia de México en general.

En su alocución sobre don Manuel pronunciada en El Colegio Nacional del cual fue por cierto uno de los miembros fundadores

con motivo del centenario de su natalicio, el arquitecto mexicano Teodoro González de León hace ver que Toussaint y Ritter fue el interlocutor implícito y explícito de tres grandes tratistas contemporáneos de la historia y la arquitectura colonial mexicana: George Kubler, autor de *Arquitectura mexicana del siglo XVI* (edición original en 1948 y traducción al español por el Fondo de Cultura Económica, en 1983) y John Mac Andrew, autor de las *Iglesias abiertas del siglo XVI* (edición original de 1965, y todavía no traducido al español), este último es autor además de un libro admirable sobre la arquitectura veneciana del renacimiento temprano, tema que sospecho caro a Toussaint.

“Los dos libros —señala Teodoro González de León— el de Kubler y el de Mac Andrew están dedicados a Toussaint”. En los dos es el autor del cual se hacen más listas. Hay capítulos en que se siente que están dialogando con Toussaint, se comprueba que fue no sólo el compañero de viajes —John Mac Andrew dedica su libro al “inolvidable amigo con el que vi por primera vez la mayor parte de los movimientos que aquí analizo— sino el suscitador de ideas y de formas de ver. Es seguramente Toussaint el que les revela la “originalidad de las tipologías nuevas... cuando estos dos investigadores llegan —uno en los treinta y otro en los cuarenta— él ya ha preparado el terreno...”

El tercer autor sobre el cual influiría Manuel Toussaint es el eminente Robert Ricard, historiador admirable de *La conquista espiritual de México*: “El capítulo de las capillas abiertas —advierte González de León— es un franco diálogo con Toussaint”.

Pero don Manuel era demasiado curioso e inquieto como para confinarse en un tema por más que lo dominara a cabalidad. Se le reconoce como especialista en la historia del arte colonial, y son célebres las excursiones que organizaba a diversas partes de la República para resucitar ante sus alumnos tanto los monumentos como la vida material y espiritual que los rodeaba. Se sabe menos su dominio de la historia del arte prehispánico al igual que se ignoran sus investigaciones sobre el arte del siglo XIX. Va precisamente en este sentido la señal que hace Beatriz de la Fuente al recordar que los primeros capítulos del libro *Pintura Colonial* no hubiesen podido

ser escritos sin un conocimiento íntimo y profundo tanto de los textos de los cronistas como de los códices y de la literatura indígena accesible entonces. No es posible referirse aquí con amplitud al ensayo “La pintura prehispánica en la obra de Manuel Toussaint”, escrito por la doctora de la Fuente, pero cito al menos unas líneas: “Así [Toussaint], con las herramientas propias del oficio de historiar el arte, abordó problemas que a la fecha continúan siendo inquietud principal entre los estudiosos: precisar las técnicas pictóricas, definir los rasgos de los estilos y, el de mayor complejidad, comprender los significadores”.

Otro ejemplo del interés de Toussaint por el pasado indígena es su libro *La conquista de Pánuco* [editado por El Colegio Nacional en 1948, al cuidado de José Luis Martínez]. Este meticuloso trabajo de investigación fue realizado para concursar y obtener un puesto vacante de historiador en el Instituto Nacional de Antropología e Historia. La convocatoria que obviamente ganó Toussaint pedía “Una historia de la Conquista de la Huasteca”, pero nuestro autor con cierta astucia literaria nombró la obra *La conquista de Pánuco* en virtud de que éste “fue el núcleo más importante de esa región”. Se trata de una bien plantada microhistoria, que supo documentar en fuentes primarias la conquista, la primera evangelización, las encomiendas, la historia eclesiástica, amén de presentar un ensayo introductorio de la geografía, antropología, etnología de la región. Publicada en 1948, la obra está escrita con la pluma del historiador apasionado por la verdad. Entre las diversas noticias que sabe dar a conocer cabe recordar la evocación del hermano Diego Ramírez —una especie de Fray Bartolomé de las Casas— que murió actuando con escasísimos recursos en defensa de los indígenas el primero de septiembre de 1555, hace 450 años.

Su interés por el mundo aborígen en contacto con el mundo español se despliega además en *El estudio histórico, urbanístico y bibliográfico de la ciudad de México de los siglos XVI y XVII*, realizado conjuntamente con Justino Fernández en 1938 para el Congreso Internacional de la Planificación y de la Habitación. Uno de los capítulos de ese trabajo está dedicado al famoso “Plano de Papel Maguey”; Toussaint y Fernández demostraron que ese plano no

representaba a la ciudad sino —“sólo a una fracción de los barrios del Noroeste”. Gracias a una fotografía aérea, según cuenta González de León, se llegó a la “comprobación irrefutable del estudio de Toussaint” que sólo podía sustentarse en un conocimiento profundo de documentos de aquella época que James Lockhardt ha llamado de los Nahuas después de la conquista. También sobre el arte del siglo XIX Toussaint escribió una interesante monografía *Saturnino Herrán y su obra*¹³, obra acuciosa de crítica pictórica y, años más tarde en 1934, para conmemorar el centenario de la Fundación de la Biblioteca Nacional de México, redactó el jugoso ensayo *La litografía en México en el siglo XIX*, para acompañar los sesenta facsímiles que componen dicha obra¹⁴.

Su interés por el arte llega desde luego al siglo XX. Recuérdese la breve semblanza que leyó con motivo del fallecimiento del pintor José Clemente Orozco en 1949:

Orozco —expresó finalmente— no es religioso ni místico... Parece más bien un agnóstico dotado de gran potencia creadora que construye él mismo sus ideas y sus teorías y las resuelve y expresa plásticamente.

Sobre todas estas características humanas aparece en Orozco la característica fundamental de su obra: la angustia. No es pasiva ni contemplativa: su angustia es, podemos decir, creadora. Se duele del mal, pero busca el bien.

Manuel Toussaint murió a los 65 años dejando varios libros inéditos como sus memorables ensayos sobre *Taxco* y *Oaxaca* (hermanos de sus libros sobre Pátzcuaro, Tlaxcala y San Miguel de Allende) que siguen re-editándose, o esa reunión de poemas y versos titulada *Ventana matutina* que dejó lista para su publicación en una composición tipográfica realizada por él mismo en su casa

13. México, Ediciones México Moderno, 1920.

14. *La litografía en México en el siglo XIX*, sesenta facsímiles de las mejores obras con un texto de Manuel Toussaint, México, Estudios Neolitho M. Quesada B. 1934. (Ediciones Facsimilares de la Biblioteca Nacional de México).

(“alabada sea la artesanía” como dice el *ex libris* de Tomás Segovia otro poeta-tipógrafo); *Ventana matutina* se publicó póstumamente con una página de Alfonso Reyes.

Hombre-museo y museógrafo, amigo de las gracias y de las musas. Toussaint siempre escribió versos y poemas, como demuestra el tomo *Manuel Toussaint. Obra literaria* prologado, reunido, anotado y fichado por el laborioso y llorado Luis Mario Schneider.

Obra literaria de Manuel Toussaint incluye, por supuesto ese libro póstumo: *Ventana matutina*, y la “noticia” firmada por Alfonso Reyes que acompañó su primera edición de 50 ejemplares:

Este libro póstumo de Manuel Toussaint quedó compuesto por sus manos y en su imprenta particular, a manera de prenda íntima que sin duda él destinaba a sus amigos más cercanos, de la página 3 a la 51, o sea los trece pliegos de que consta el material poético. También dejó dibujados y preparados para la impresión los clisés que ilustran el libro. Se añade el prólogo que redactó para el caso. Doña Margarita Latapí Vda. de Toussaint, compañera de nuestro inolvidable Manuel, que tan cerca supo acompañarlo siempre en sus “fortunas y adversidades”, ha tenido la piadosa idea de recoger estas páginas, las cuales nos llegan hoy entre las emociones del más puro recuerdo. Quien ha de vivir siempre en los anales de la cultura mexicana, habita ya, con nueva vida imperecedera, en el corazón de quienes lo admiramos y lo queremos; es decir, de cuantos tuvimos la suerte de tratarlo y de conocerlo.

Este libro nos permite apreciar y recordar al Manuel poeta, no revelado del todo, aunque sí presentido entre sus páginas de humanista, historiador del arte, crítico, ensayista y cuentista: “todo bella cosecha”.

Alfonso Reyes

Pero, además del prólogo y de los quince poemas de que consta *Ventana matutina*, el tomo incluye otros ochenta poemas no coleccionados y escritos en diversas fechas, composiciones que confirman ese presentimiento esbozado por Alfonso Reyes en el sentido de que el poeta se adivina y asoma “entre sus páginas de humanista, historiador del arte, crítico, ensayista y cuentista: «todo bella cosecha»”.

Además del centenar de poemas mencionados y de la introducción razonada de Luis Mario Schneider, la *Obra literaria* incluye un tramo dedicado a la narrativa que, aparte de algunos textos menores, presenta el relato para niños *Las aventuras de Pipiolo en el Bosque de Chapultepec*, publicado en 1954 —un año antes de morir—, con el seudónimo de Santos Caballero, traducción literal de sus dos apellidos. Libro ingenioso y excepcional, hermano del *Peter Pan* de Barrie —alguna vez traducido por Pedro Henríquez Ureña— y de un *Alice in Wonderland* que sorpresivamente muestra la pasión por la técnica que tenía nuestro autor. También incluye esta *obra literaria* los famosos *Diarios de viaje*, género en que Manuel Toussaint destacó, así como los diversos prólogos y ensayos que publicó a lo largo de su vida, desde la rigurosa introducción a *Las cien mejores poesías mexicanas*, o el ensayo sobre Sor Juana Inés de la Cruz, hasta la emotiva noticia cineraria, que Toussaint escribió en 1937 con motivo del fallecimiento del bibliófilo y coleccionista Genaro Estrada con quien lo unieron profundas afinidades.

Dice nuestro autor en esa elocuente página, donde despidе al amigo querido y compañero de aventuras arqueológicas:

Genaro Estrada ha muerto. La cultura mexicana ha recibido un duro golpe. Entre los múltiples aspectos que presenta la vida de este hombre de acción, cuya obra se ramifica a todos los campos, acaso el más noble, por haber llegado a la cima donde los intereses constituyen en sí mismos, prez y honra, es el bibliófilo y coleccionista.

Porque el bibliófilo representa la categoría suprema del hombre de letras. El bibliófilo, en el sentido noble de la palabra, es el hombre que llega a amar el libro con pasión depurada.

Él se ha despojado hasta del utilitarismo del libro en su contenido didáctico, y lo considera una joya, la más preciosa que haya producido el esfuerzo humano. No es egoísta porque no desea que los libros sólo sean para los pocos; quiere que haya muchos libros, infinitos libros y, entre esa muchedumbre, unos cuantos escogidos y bellamente impresos para su propio deleite.

El verdadero bibliófilo llega a amar el libro en su forma externa, porque su espíritu está ya saturado de lo que dicen los libros, porque ha leído ya todos los libros.

El nombre de Genaro Estrada se asocia a todas las empresas que en México ha cultivado esta religión¹⁵.

La muerte de Genaro Estrada, cómplice de andanzas y curiosidades de coleccionista, fue para Toussaint una pérdida insoluble. ¿No es cierto que al inicio de la novela de Estrada —*Visionario de la Nueva España*— se brinda un retrato humorístico y afectuoso del joven Toussaint? ¿No es cierto que Toussaint tomó el título de sus *Paseos coloniales* de una reseña crítica del Argentino Ricardo E. Molinari (publicada en la revista *Martín Fierro*, junio 10-julio 10 de 1927) donde al interrogar la deliciosa novela de Estrada hacía figurar entre los libros de la biblioteca del protagonista, *Pero Galín*, precisamente uno titulado así y que Toussaint adoptó en homenaje a la novela de su amigo? Genaro Estrada era un hombre de acción, como dice el propio Toussaint. Pero parte de esa acción tenía, como la de su amigo, un ánimo de salvación. Salvación de las obras de arte. Según cuenta Antonio Castro Leal en el texto de homenaje en su fallecimiento, “Manuel Toussaint no aceptó nunca, ni por un momento, que hubiera la menor justificación para sacrificar una obra de arte a un interés puramente material. Para él, ya desde entonces, el arte era un valor espiritual permanente, muy superior a cualquier ventaja económica ¿valdría la pena de perder toda memoria del *Quijote*, o de la *Divina Comedia*, o de los dramas de Shakespeare para obtener 400 millones de dólares al año?”¹⁶

Recuerdo estos razonamientos de Antonio Castro Leal para recordar que Toussaint ocupó en algún momento la Dirección de Monumentos Coloniales, cargo que le dejó no pocas amarguras pues —como dice Castro Leal— “En ese puesto se fracasa siempre porque los enemigos de los monumentos coloniales son muy poderosos”, y son capaces de derribar claustros e iglesias con el mayor

15. Manuel Toussaint, “Genaro Estrada. Bibliófilo y coleccionista”, en Manuel Toussaint, *Obra literaria*, pról., bibliografía, recopilación y notas de L. M. Schneider, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1992.

16. Antonio Castro Leal, “Homenaje al Dr. Manuel Toussaint”, sesión solemne de El Colegio Nacional, del viernes 13 de julio de 1956.

sigilo y, por así decir, “con martillo de terciopelo”. Con puesto o sin puesto, Toussaint sabía interceder por los monumentos coloniales sentenciados a la destrucción. Aunque escribiera, telegrafiara, fuera a entrevistar a funcionarios y gobernadores, aunque amenazara, explicara y suplicara, casi nunca tenía éxito. Al final de sus días logró salvar una parte de la muy interesante Casa del Deán en la ciudad de Puebla, luego de conmover a la opinión y lograr movilizar incluso a los estudiantes. A su acérrima vigilancia se debe que todavía exista en San Ángel la Plaza del Carmen, que estuvo amenazada de destrucción alguna vez pues se pretendía ampliar las vías de comunicación. Como amenazó con renunciar a su puesto de Director del Instituto de Investigaciones Estéticas y ayunar con escándalo, dicha plaza logró salvarse, del mismo modo que, por su influencia entre las autoridades eclesiásticas y civiles, logró que se demoliera el anacrónico y estorboso “ciprés” interpuesto ante el Altar de los Reyes en la Catedral de México. Prueba de que Manuel Toussaint no era un conservador a ultranza.

Autor de más de 30 libros y de por lo menos 250 colaboraciones en libros de diversos autores, fue defensor del patrimonio artístico nacional, fundador y animador de entidades como el Instituto de Investigaciones Estéticas, devoto de la historia de México y de la historia del arte. “En lo que hace al arte colonial de México, es Toussaint el maestro insuperado”, dijo José Vasconcelos, de quien fuera secretario particular en los años decisivos de la Secretaría de Educación Pública. Manuel Toussaint ante todo o detrás de todo, poeta y amigo del arte. Sólo alguien como él pudo sentir con tanta hondura la pérdida de un alma hermana. Así expresa el autor de *La Catedral de México* su dolor por la partida prematura de Xavier Villaurrutia, aquel amigo y condiscípulo en las aulas abiertas de la educación estética:

EXISTENCIALISMO

MIS manos se acarician una a la otra
como si fueran de distintas gentes.

Mis pies huyeron llevándose quién sabe a quién,
quién sabe a dónde.

Mis ojos, vueltos hacia mí,
me miran estupefactos
como si no me conocieran.

Mi lengua clama con voz que no es la mía.
Mi mente escapó a los campos de locura,
dejándome el cráneo vacío.

Sólo tú, corazón sempiterno,
con tu rudo golpearme sobre el pecho
corazón, corazón. corazón
me das la conciencia de que existo,
puesto que sufro.

25 de diciembre de 1950
(Día en que murió Villaurrutia).